

## Un testimonio sobre la defensa mexicana de Puebla

Hugo Arciniega Ávila\*

Esther Acevedo, Rosa Casanova y Angélica Pérez Gasca, *Diario del sitio de Puebla de Carlos Casarín: relatos e imágenes en torno a los sucesos de 1863*, México, Secretaría de Cultura / INAH, 2019.

**E**n una Puebla de los Ángeles sitiada por el ejército francés, el 17 de mayo de 1863, Carlos Manuel Casarín Escalante (marzo de 1840-agosto de 1863) dictó a un oficial subalterno las siguientes líneas:

A las tres de la mañana nos han comunicado la orden de reventar las piezas, dispersar las tropas y presentarnos en Palacio. Aun contra mi voluntad [ilegi-

ble] las que tan bien han obrado a mis órdenes, en medio del disgusto, confusión y rabia, y de las lágrimas que lloraba la tropa de sentimiento al romper sus armas. Este rato hasta las 7 ha sido de lo más horrible que he pasado en mi vida; a esta hora han empezado a entrar los franceses; y he tenido el atroz disgusto de ver entrar a los traidores, aunque éste ha sido mitigado con la manera con que el público los ha recibido de desprecio y disgusto, hasta hacer que los mismos franceses los hayan hecho salir. Todos somos ya prisioneros.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Citado en Esther Acevedo, Rosa Casanova y Angélica Pérez Gasca, *Diario del sitio de Puebla de Carlos Casarín: relatos e imágenes en torno a los sucesos de 1863*, México, Secretaría de Cultura / INAH, 2019, s. n. p., recuperado de: <mediатеca.inah.gob.mx/webapps/publica-

La frustración era y es una emoción bien conocida entre “los defensores de la bandera” con el águila y la serpiente; así lo expresaron durante la primera intervención francesa y en los trágicos sucesos que tuvieron lugar en la invasión norteamericana de 1847. El caos generalizado durante la defensa del territorio nacional apenas había variado un año antes, cuando el general Zaragoza informó al presidente Juárez que: “las armas nacionales se habían cubierto de gloria”.<sup>2</sup>

Al conocer todo lo registrado desde el 15 de marzo hasta el 20 de mayo de ese año, cuando Casarín logró regresar a su hogar en la Ciudad de México, luego de haber evadido a los expedicionarios argentinos, es posible advertir, entre

ciones-digitales/carlos\_casarin/>, consultada el 3 de septiembre de 2019.

<sup>2</sup> *Idem.*

\* Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM.

otros aspectos, cómo el ánimo de este personaje fue decayendo desde la esperanza: la inconformidad con lo dispuesto por mandos que permanecían impávidos observando cómo el enemigo iba ocupando uno a uno los puntos estratégicos para poner la plaza bajo sitio, hasta abrigar la sospecha de traición, justo en el momento en que se tocaba a retirada, dejando en el camino piezas de artillería que serían utilizadas por el ejército galo contra los “valientes indígenas”, los rifleros de Nuevo León o las Compañías de Zacatecas y Toluca.

El hallazgo de estas 25 fojas manuscritas en los fondos del Archivo General de la Nación planteó a las autoras la imperiosa necesidad de asignar contexto a un documento que sólo a primera vista se sumaría a los diarios del general de brigada Agustín Alcérreca Flores,<sup>3</sup> del teniente coronel Francisco P. Troncoso,<sup>4</sup> y del teniente coronel Tranquilino Cortés,<sup>5</sup> pero que revisite especial interés para el estudio de la prensa ilustrada en nuestro país, ya que el autor se desempeñaba como jefe de redacción del periódico

<sup>3</sup> Agustín Alcérreca Flores, *Diario del Sitio de Puebla de Zaragoza (1863)*, Puebla, México, Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla, 2013.

<sup>4</sup> Francisco P. Troncoso, *Diario de las operaciones militares del Sitio de Puebla en 1863 escrito por el Teniente Coronel [...] durante el asedio de la plaza*, Puebla, México, Secretaría de Educación Pública del Estado de Puebla / Las Ánimas, 2013.

<sup>5</sup> Tranquilino Cortés, *Diario de operaciones del Sitio de Puebla*, Monterrey, Nuevo León, Universidad de Nuevo León, 1963 (*sobretiro de Humanitas. Anuario del Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad de Nuevo León*, núm. 4).

dico *La Orquesta*, bien conocido por publicar la caricatura política de Constantino Escalante, que, aquí se confirma, resultó ser primo del autor, y cuya obra ha sido estudiada acuciosamente por Esther Acevedo en *Una historia en quinientas caricaturas. Constantino Escalante en La Orquesta*,<sup>6</sup> de 1994; y *Constantino Escalante: una mirada irónica*,<sup>7</sup> de 1996. Es en la familia Casarín Escalante y en el bisemanal en donde encuentro uno de los antecedentes de esta investigación.

En lo referente a la naturaleza del diario es difícil suponer que hubiera sido pensado como un documento cerrado, es decir, en el que el narrador es el único destinatario; procede más bien de la tradición militar y está emparentado con el parte que día con día se remite a la comandancia. Es cierto que en él podrán identificarse reflexiones personales, pero Casarín buscó dejar un testimonio sobre la defensa mexicana de Puebla, preámbulo de la intervención francesa. La cualidad de lo íntimo que caracteriza este tipo de documentos se rompe desde el origen mismo, porque las notas del comandante de escuadrón, capitán primero de Caballería, fueron dictadas a un subalterno. Un procedimiento que se logró determinar gracias al análisis grafológico al que quedaron sometidas las series documentales convergentes para la construcción de la ineludible biografía de quien resultó ser:

<sup>6</sup> Esther Acevedo, *Una historia en quinientas caricaturas. Constantino Escalante en La Orquesta*, México, INAH, 1994.

<sup>7</sup> Esther Acevedo, *Constantino Escalante: una mirada irónica*, México, Conaculta, 1996.

“escritor, periodista, militar y estudiante de medicina [...] herido en el hígado durante un duelo”.<sup>8</sup>

Considero como un acierto la manera en que Acevedo, Casanova y Pérez conducen al lector, no necesariamente especialista en estos temas, desde el ámbito privado que tuvo lugar en los contados momentos de tregua que permite estar en el frente de guerra, hasta el espacio público en sus dos acepciones principales: la prensa y la ciudad. El texto asigna un nuevo contenido a hitos y puntos notables como son la penitenciaría de San Javier, una de las primeras de planta moderna que se edificaron en el país; el sistema de garitas que circundaban al asentamiento, como son las de Teotimehuacán y del Pulque; los edificios pertenecientes al orbe religioso, como los huertos del convento de monjas de Santa Inés; e hitos naturales como el cerro de Tepozuchil y las dos estribaciones ya consagradas en el imaginario nacional desde 1862, las de Loreto y Guadalupe. El nuevo contenido que el relato asigna a vías de comunicación y estructuras arquitectónicas es el de vulnerables ámbitos para la guerra.

En el apartado titulado “Marcas cartográficas” se analizan los planos urbanos, disponibles en la época, y se identifican y señalan las posiciones desde donde se “rompió el fuego de la artillería;” “los que sirvieron de blanco a las bombas de catorce pulgadas;” y los que fueron utilizados como improvisadas murallas para resistir el asedio,

<sup>8</sup> Esther Acevedo, Rosa Casanova y Angélica Pérez Gasca, *Diario del sitio de Puebla de Carlos Casarín...*

gracias a la aparente solidez de su construcción. La escasa población que no había logrado escapar a la refriega no pudo evitar conmoverse ante el “horrible espectáculo” de las llamas que salían por la cúpula del que había sido el rico templo de San Agustín; tal y como lo dibujara Luis Garcés. El lector puede aproximarse al uso que se daba a este tipo de representaciones durante el siglo XIX: sirvieron para ubicar las fortificaciones internas, registrar los avances y los retrocesos de los bandos en conflicto, y, días después, ayudaban a los redactores, en uno y otro extremo del Atlántico, a explicar a sus públicos las estrategias que se habían seguido durante el ataque y la defensa.

Entre los espléndidos levantamientos verificados por distinguidos egresados del Colegio Militar o de la Escuela Nacional de Ingenieros contrasta uno, de exuberante colorido, cuyo desconocido autor carecía de los principios de la geometría, pero que se muestra bien resuelto a trazar sobre un pliego de papel el mismo espacio de la fallida defensa; más todavía, lo dedica al administrador general de Peajes de la ciudad de Puebla. Su intervención revela la manera en que algunas tradiciones locales en la representación gráfica se mantenían vigentes.

A partir de los registros fotográficos se introduce un aspecto cuyo análisis resulta novedoso: la imagen de la ruina, pero no la que tradicionalmente buscaban los viajeros europeos en las intrincadas selvas del sureste o en el Altiplano Central, sino el aspecto de devastación que dejó la guerra en

la antes próspera capital del comercio de ultramar. Imágenes que refrendan la sensación de derrota: calles desiertas, fachadas apenas sostenidas por puntales de madera, y montones de escombros por doquier. Lo señalado en las cartas urbanas adquiere volumen gracias a la incorporación del álbum de Eduardo Unda y a la colección de pares estereoscópicos de Rafael A. Alatraste, ambos fotógrafos locales. En la búsqueda iconográfica se advierte un trabajo continuo que desborda los límites de esta obra, dirigido a establecer autorías, identificar intenciones y reconstruir series. El conocimiento de los archivos se deja ver en el número de fotografías inéditas que se ofrecen como materia para emprender una nueva lectura de la ciudad. Es del todo aceptable el reto intelectual que desde aquí se lanza: “queda pendiente un análisis comparativo de la fotografía de guerra en el mundo durante esos años”.<sup>9</sup>

En lo referente a los problemas disciplinares que se abordan, destacan dos particulares del periodo en estudio: el primero, la emergencia de la fotografía en un mundo dominado por la litografía, en donde el mismo Constantino Escalante se representó en *La Orquesta* empuñando una pluma litográfica con la que golpea a la opinión pública; y, el segundo, la manipulación técnica y de contenido en las imágenes para su difusión en diarios y revistas. Ya que atendiendo al nivel de desarrollo tecnológico que habían alcanzado los sistemas de impresión, las fotografías debían pasar por la piedra

<sup>9</sup> *Idem.*

litográfica antes de ser difundidas entre los grandes públicos. Una limitante que derivó en la transferencia entre encuadres y sistemas compositivos en ambas técnicas, lo que las autoras denominan con el polémico término de “contaminación entre medios diversos”. Lectura sugerente que invita a ampliar la discusión.

He reservado para el final una reflexión sobre el medio elegido para la difusión de estas ideas: se trata de un libro electrónico pensado desde el origen para ser alojado en la *Mediateca del INAH*, con acceso libre. El internauta se encontrará, además, con el diseño de Agustín Estrada, mismo que facilita la exploración de las litografías, en las que las batallas fueron idealizadas; de las calles, en una urbe abatida; y de los rasgueos de la plumilla sobre el papel sellado. Entusiasta partidario, como soy, de las publicaciones impresas, debo reconocer como el recurso digital apoya los objetivos de las tres estudiosas de las imágenes, al posibilitar la manipulación de la escala de la mayor parte de ellas, desde el detalle hasta la vista de conjunto, lo que facilita la comprensión de lo señalado en los textos y abre la posibilidad de desarrollar nuevas interpretaciones.

Esta obra se suma al rico acervo que el INAH ha logrado publicar durante 80 años de fecunda existencia. Justo el momento para recordar a Casarín, cuando dicta a un anónimo ayudante: “y según vi hoy en la maestranza, ya casi no hay parque [...] Todos somos prisioneros”.<sup>10</sup>

<sup>10</sup> *Idem.*